

EL CLAMOR PUBLICO

SUSCRIPCION

Por un año 10
Por seis meses 5
Por un mes 1
Número suelto 20

Direccion y Administración — 18 DE JULIO-209

PUBLICACION INDEPENDIENTE

Centro-Sur ASTIAN B. TORRES

Año VII.

Avisos especiales

Una habil operacion de cirujia

El Embajador americano en Viena, Mr. Kasson, ha comunicado recientemente a su gobierno una relacion interesante de cierta notable operacion cirurgica, practicada ultimamente por el profesor Billroth, de dicha capital — operacion que consistio (por maravilloso que ello parezca) en la remocion de casi la tercera parte del estómago humano, y hecho (extraordinario) sin embargo se restablecio el paciente; siendo dicha operacion la unica que de su clase jamás se hubiese practicado. La citada hazaña científica tuvo lugar en cierto caso de cáncer del estómago, dolencia que, por lo comun va acompañada de los siguientes síntomas:

El enfermo carece casi completamente de apetito; hay un malestar indecible en el estómago, malestar que ha sido descrito como una sensación de un vacío interior; y una llama peggiosa se acumula al rededor de los dientes, acompañada de un gusto desagradable, especialmente por las mañanas. El alimento lejío de hacer desaparecer la preciosa sensación de un vacío interior, parece aumentarla; los ojos están hundidos, y su color es amarillento; las manos y los pies se entran y se ponen pegajosos cubriendolos un sudor frio. El paciente padeció un cansancio constante; cuando duerme no obtiene reposo alguno, y dentro de poco tiempo se siente enervado, irritable y triste, se sienten malos pensamientos. Si el enfermo se levanta repentinamente de una posición reclinada, lo acomete un desvanecimiento de cabeza, ó una sensación de sincope, que lo obliga a agarrarse firmemente de alguna cosa para evitar caerse. Los intestinos están otráñicos; el cáliz está a veces seco ardiente; y la sangre espesa y embotada, circula sin regularidad. Trascurrido algun tiempo, el paciente devuelvo el alimento después de haberlo comido, unas veces en una condición ágrica y fermentada y otras veces con un gusto algo dulce. Con frecuencia, el enfermo teme padecer mal de dicho órgano vital.

Hacia al fin no le es posible al paciente retener alimento alguno, porque si el pasaje de los intestinos no se cierra completamente, por lo menos está casi cerrado.

Pero aunque la referida enfermedad es claramente alarmante, los afeados de los síntomas arriba nombrados no deben padecer abatimiento de ánimo puesto que en 999 casos de cada mil, no tienen cáncer alguno sino simplemente dispepsia una enfermedad que se cura fácilmente apelándose al verdadero sistema de tratamiento. El remedio mejor y más seguro para la dolencia en cuestión es el Jarabe Curativo de Seigel, preparación de vegetales que se vende por todos los farmacéuticos y Exponentes de Medicinas en el mundo entero, así como por los propietarios A. J. White (Limited) 7, Farringdon Road, Londres E. C.

Este Jarabe destruye el germen del mal y lo extirpa radicalmente del sistema.

Depositorios en la República del Uruguay: en Montevideo, Demarchi Parodi y Cia, A. Rey, M. Buzeta, Hutchinson y C. A., Juan Smith, A. Beduchaud, Ramon Legheren y Miguel Rey; en Colonia de Sacramento, Onésimo Lenoble; en Florida, P. Mendizabal; en Melo, Federico Mestre; en Minas, Francisco I. Garmendia; en Mercedes, S. Albertazzi; en Paysandú, Antonio Pereira Iglesias; en Salto V. Noguera; en S. Ramón, Sr. Acevedo en Santísima Trinidad F. Arrospide; en San Fructuoso, Juan Bautista Oliva; en San Antonio del Paso de la Paloma, M.

Redactor y Director—SEBASTIAN B. TORRES

Número 929

Rodríguez y Bonzon; en San José de Mayo, L. T. P. Graciel; y en Treinta y Tres: Salvarrey y Tancá. Vendido por mayor en Montevideo por los Sres. Demarchi, Parodi y C. A.

COMISARIA G. DE INMIGRACION MONTEVIDEO

En esta Comisaría General se hallan siempre disponibles familias labradoras y peones de todo trabajo.

Las personas que los necesiten pueden dirigirse por carta a la misma, en la calle 25 de Mayo núm. 124, especificando en ella con la mayor claridad, las condiciones bajo las cuales serán recibidos, como ser: sueldo mensual que deben ganar, clase de trabajo a que se destinan, u otra condición cualquiera.

La Comisaría General trasporta por cuenta del Gobierno, los inmigrantes que sean solicitados, hasta los puntos en que llega el ferro-carril, y por el río hasta los puertos en que toquen los paquetes.

Montevideo, Mayo 16 de 1885.
Pedro Riva Imchilli—C. G. de I. C.

El Clamor Público

MINAS, JUNIO 19 DE 1886

Octavio Ramírez

El correo que llegó el dia 16 nos trajo la infiusta nube del fallecimiento del pionero militar y virtuoso ciudadano Octavio Ramírez, acaecida en Buenos Aires el dia 7 del mes que rige.

Todo corazón bien templado, amigos y adversarios, tienen que llorar la pérdida del valiente militar que jamás desembainó su espada para herir al oprimido, ni satisfacer ambiciones, y que en los embates de la vida, ya prósperos ó adversos, supo resistir con tezón las tentaciones halagüeñas en contra la ley y la libertad.

El temple del corazón de Octavio Ramírez lo ha descrito con suma elocuencia el doctor D. Juan Carlos Blanco, en un discurso que pronunció ante el cadáver al momento de ser devuelto al seno de la madre común.

Oigamos, pues, al ilustre orador.

Señores:

En la historia de nuestro país, historia que comparten casi todos los de la América latina, tras las guerras legendarias por la independencia, vienen las luchas por la libertad y por la organización interna de las naciones.

Cada época ha traído sus hombres al escenario político, y hace veinte años apenas, lo llenaban en la República caudillos y guerreros que ya han desaparecido, pero lo llenaba también el recuerdo de los grandes hechos del pasado, vivificado por las doctrinas de principios que las tribunas de las dos ciudades del Plata habían levantado, a la caza de una sangrienta tiranía —fue el apóstol entre nosotros Juan Carlos Gómez, y su propaganda, recibió su inspiración gran parte de la juventud que en 1865 llegaba a la edad viril.

Algunos de los que aquí estamos, fuimos

y continuamos siendo sus discípulos servidores.

Octavio Ramírez, entre ellos, quiso llevar al campo de la acción las doctrinas recibidas y se hizo por aquel tiempo soldado, pero a la manera que esas doctrinas lo conciben, puestu la espada al servicio de la ley y de las instituciones.

Los combates que iniciaba la palabra escrita y la palabra hablada, él los seguía en el teatro de la lucha armada, aliviando así con su brazo la solidaridad de la causa y el temple de su alma.

Era de nuestro tiempo, y de esa generación que apenas llegó hoy al cenit de la vida, y que parece destinada, como si hubiera llegado a su ocaso, a no ver realizadas las aspiraciones que la engendraron y la nutrieron; era de esa generación de la cual han salido cerebros inteligentes y corazones altivos, que ni el infierno ni los alhajos doblegan, era, si, de esa generación y de ese tiempo, que, como transición entre el pasado y el futuro, dió militares ciudadanos como Lallemand y Carlos Gusmendi, muertos los dos al pie de la misma bandera y aun están sin epitafio!

Ah! Octavio Ramírez fué a su vez a morir en la última demanda!

Salió ileso del Quebracho, donde quedó vencida la causa nacional, pero pasado el ardiente del combate, la muerte recobró su presa, frío ya y abatido el ánimo en presencia de la dolorosa derrota.

Nosotros lo vimos en esa populosa Buenos Aires, sufriendo el doble peso del deber militar que lo reclamaba, y de los padecimientos que libraban su resistencia física.

Ah! pero ni fluctuación hubo siquiera en Octavio Ramírez, y ese deber, norma de su modesta vida, que se identificó para él con el deber del ciudadano, triunfó como siempre, comunicando el vigor excepcional que reclamaba su naturaleza quebrantada para resistir las penitencias de la suprema empresa, y fué, con sus soldados a cruzar esteros y desiertos, a dormir al raso, él, que apenas podía conciliar el sueño en medio de los cuidados del hogar, y fué imposible, sin protesta ni queja, sin pretender rangos ni recompensas, satisfecho con que le llamase comandante de voluntarios, él, que era Teniente Coronel de la República y que había abandonado sus galones con su sangre en suelo y guerra extranjera.

No es esta, señores, la oportunidad de una biografía, ni de una apoteosis, pero permítame que yo hable con amor y con verdad de Octavio Ramírez.

Son tan raros en todas partes los que tienen y pudiendo manejar una espada, se contentan con ser ciudadanos, que es poco cuanto digamos en su elogio. Hiy, si, únicamente que lamentar, que el tributo sea póstumo y que él no haya venido en tiempo a compensar las amarguras de una existencia.

Tengo, además, otro motivo singularísimo que me impulsó.—Octavio Ramírez era mi amigo desde la adolescencia.—Agitados por la misma idea, fuimos por distintos rumbos en busca de su triunfo.—Yo me agrupé con otros en torno de los hombres de letras; él, fué al ejército.

A Tenía el germen de los que aman las instituciones arriba de todo y sobre todo, y necesitaba acrisolarlo en el fuego que purifica, cuando las armas se esgrimen en defensa de la libertad y de la patria.

Ah! no las usó nunca, ni, para apuntalar la asonada y el motín.

Soldado a los diez y siete años, era capitán a los veinte y uno y se brilla como bravo en el Paraguay, bajo la espada de Palleja que enseñaba a mandar y enseñaba a morir.

Qué comienzos para un joven, en estos países, donde las turbulencias y los predominios de la fuerza ofrecen tan gran escenario y tantas seducciones a los hombres de acción!

Casi creería, señores, ofender su memoria si dijera que Octavio Ramírez se sustrajo a esas seducciones.

Si hizo más que sustraerse, las desdenó, reaccionó contra ellas con cívica altivez, identificando su vida de soldado con su vida de ciudadano, tan humilde y modesta como se quiera, pero pura y sin tacha.

Por eso, cuando no podía armonizarlas con un puesto militar, volvió a nuestras filas, vencido ó vencedor, pero siempre con la misma fe y los mismos ideales.

Ah! Creedme: Ni su amistad, ni la que puede venirme de deudos que le lloran, pone el elogio inútil en mis labios—Sería indigno de él y de mí.

Cuántas veces le vimos parti de nuestro lado para ir a la pelea ó al destierro! y siempre silencioso, sin alardes ni jactancias.—El deber cívico lo llevaba, y cumplido, cual si fuera una consigna, salía de la Plaza el 10 de Enero, donde había jugado su vida, ó volvía de lejana proscripción, para confundirse entre los caídos, como si él nadie hubiera hecho que mereciera distinguirse.

Se creó especialmente destinado—y éste es el rasgo típico de su personalidad,—a sacrificarse, a sostener con su brazo la integridad de sus convicciones, la de sus correligionarios, la de todos los hombres de principios que pugnan en la República por el imperio de las instituciones.

Ah! no hubo flaquezas, ni vacilaciones en su ánimo, cuando los acontecimientos de ayer lo llamaban otra vez a la lucha armada.

Fué la última en que, como siempre, brilló con honor su espada, y apesar de que lo aquejaba mortal enfermedad, apesar de que su organismo estaba ya deshecho para la batalla, pudo versele, sin embargo, el 30 de Marzo, surjir arrogante como soldado de causa imperecedera, y entrar en acción y llevar los suyos al peligro, con los brios del jefe revolucionario del 75 y del oficial que combatió en Yatay al lado de Pereda, de Vazquez y de Carlos Gurmez, su digno compañero de las primeras campañas.

Ah! pero el valor es solo una de sus facetas.

Allí, en ese mismo dia 30 de Marzo, próxima y la hora de cruzarse los primeros fuegos, en esos instantes solemnes de duda y de incertidumbre, en que el sentimiento de la propia existencia priva sobre el de todas las demás, pudo versele cuidar por la de los adversarios y ofrsele decir con acento firme de mundo que «cada uno ne los suyos respondía con severa responsabilidad de la vida de los prisioneros» que la suerte pudiera depararles.

